

III

¿Quién habla de dormir si pide juego?
Juguemos, corazón, la vida es corta.
Tengo que trabajar, sí; pero... luego.
¡Y vengo tan cansado! Mas qué importa.
Lo que quieras, mi vida.
Y, si es que quiere pecho, dale pecho.
Todo lo que ella pida.

—
Todo antes de que llores,
pues no te quieró ver de esa manera.

—
¡Ay, mi niña tercera!

—
Me asustan tus furoros,
tus lágrimas, tus gritos si te enojas;
tus nervios y congojas,
pues tan chica como eres,
eres lo mismo ya que las mujeres.

IV

No creas que lo siento.
Al contrario, me sirve de contento
verte esgrimir tus armas de mañana,
con las que has de vencer hombres y penas
y triunfar por malas o por buenas.

—
¡Corazón: que así sea!

—
(Egoísta,
gentil,
mental
y sana.)

—
¡Dichoso el que te vea!

V

Coge un burrito de pana
y le duerme: ea, ea,
ea, ea,
ea, ea,
ea, ea,

RAFAEL GONZALEZ CASTELL

EL CORPUS ESPAÑOL

CARLOS V Y FELIPE II EN YUSTE

Por MARCELINO GONZALEZ-HABA



LA vieja España, heroica y guerrera, con su catolicismo íntegro, de tonos apoteósicos, es un bello canto preenne al Misterio de la Eucaristía y una plegaria de encendida devoción a la Inmaculada.

Basta ojear las áureas páginas de nuestra colosal historia para conocer los hechos memorables que gritan tan deslumbrante verdad. Ya advertía el sevillano Zúñiga, en sus Anales, que el Corpus Christi y la Purísima Concepción eran las niñas de los ojos de esta gentil ciudad del Betis. Pero lo cierto es que lo eran en toda la vastedad del imperio español cuando España era universo.

Y es que, en España, el amor a la Eucaristía y a la Virgen sin mancilla son inseparables. La moderna y atrayente doctrina formulada por el célebre Cardenal Lepicier, de que en la proporción que crece el amor a la Santa Madre de Dios, progresa la fe en la Eucaristía, y recíprocamente, donde aquél decae ésta muere, es tradicional en nuestra Patria.

Desde los claros albores de la festividad del Corpus, el pueblo español se consustanció con el pensamiento litúrgico de la Iglesia. Sentía vivamente la presencia real de su Dios velado por la gasa blanca de una hostia de pan de flor de trigo de nuestras eras y cuando lo veía en paseo triunfal por calles y plazas se volcaban los corazones en incendios de amor y alborozo.

Así, también sentían nuestros piadosos monarcas, representación genuina del alma española: Los monarcas españoles fueron los primeros impulsores de las grandes definiciones dogmáticas de la Eucaristía y de la Inmaculada.

A semejanza de las más ardientes hogueras eucarísticas, San Agustín, Santo Tomás, San Buenaventura, adivinaron en el Sacramento del Altar el signo de unidad y el vínculo de caridad que atesora como aglutinante poderoso para sujetar a los vencidos a la fe católica, romana y papal.

De este modo no es extraño ver, en la procesión del Corpus de Zaragoza, el año 1498, a los Reyes Católicos, portando las varas del palio en unión de los hijos de Muley Abulhacen y hermanos de Boabdil, el Chico: Hasta la guerra de las Alpujarras y expulsión de

los moriscos, los moros danzaban en estas manifestaciones populares de fe eucarística.

Recordemos cómo Pizarro daba preferencia a la construcción de templos sobre los demás edificios, porque la Eucaristía, según afirma el famoso conquistador, ejerce una atracción sobrenatural en el ánimo de los indios, sujetándolos a la santa ley del Señor, como ningún otro remedio. ¡Maravilloso sentido político el de aquellos genios no igualados después por ningún otro pueblo del orbe!

Cuando se realizó el milagro de la unidad católica nacional en los muros de la gentil Alhambra, los Reyes Católicos deciden dotar a la ciudad de una fiesta eucarística que sobrepujara en garbo y esplendor a la de todos los pueblos: Así, desde la Reconquista, todas las generaciones se vienen superando para celebrar la gran fiesta del Corpus granadino, cumpliendo el generoso y acuciante encargo de los monarcas, Fernando e Isabel, al instituirlo: «Gastad y gastad como locos en honor del Señor», les decían estos esclarecidos Reyes a sus súbditos.

Aquellas mismas brasas encendidas, han producido el inflamado ardor del reciente Congreso Eucarístico Nacional granadino, como antes han florecido las maravillosas asambleas internacionales celebradas en honor del más augusto Sacramento, en Barcelona, Buenos Aires, Madrid...

Ya por el año 1477, la Reina Católica había asistido en Sevilla a una procesión del Corpus, llevando una linda vela que le había regalado el Cabildo catedralicio, y en la que aparecían pintadas las armas reales.

Hasta en su última voluntad, mandó la Reina castellana, moderación en sus funerales, misas y vigiliass, «e la cera que en ellas se había de gastar sea para que arda ante el Santísimo Sacramento en algunas iglesias pobres...». También ordena la Reina Católica, que del remanente de sus bienes muebles, pagadas las deudas y mandas, se aplique, «para las cosas necesarias del culto del Sacramento, así como para custodia y ornamentos del Sagrario e las otras cosas que a mis testamentarios paresciere, e así mismo se den a hospitales o pobres de mis reinos».

La piadosa Reina decidió hacer con el primer oro que Colón trajo de América, compuesto de idolillos y otros objetos de este rico metal, una custodia, como homenaje y ardiente tributo de gratitud al Señor por el beneficio inmenso del descubrimiento.

Muy por cima de doce kilos de oro antes dedicado al culto de los falsos dioses, derritieron los crisoles para que sirviera de pedestal a Jesús Sacramentado, luz y lira del mundo, en forma de custodia que confeccionó un artífice catalán y que fué dedicada a la Cámara real. Pero al fallecimiento de la Reina Católica, el Cardenal Cisneros, principal albacea suyo, dedicó la corona de Isabel para que la ciñera las virginales sienes de Nuestra Señora de los Reyes, Patrona de Toledo, y la custodia de oro para que sirviera de rico y suntuoso trono del Sacramento de la Eucaristía en la incomparable custodia de Arfe, «acaso la más ostentosa alhaja que pueda

contemplarse en la Cristiandad, y que produce verdadero asombro cuando, en el día del Corpus, entre lluvia de flores, desfila por las callejuelas toledanas», como dice el Marqués de Lozoya, O que según Pemán, «parece fabricada por los ángeles con la plata que deslíe la luna en las aguas del Tajo».

¿Quién no conoce los fervores eucarísticos de Carlos V? Porque la vocación de esta índole de los Reyes de la Casa de Austria fué una copiosa herencia adquirida de sus progenitores que floreció en nuestro pueblo en torno a la presencia real de Jesús Sacramentado, al que atribuían el aumento y felicidad de la monarquía.

Carlos V, conquistado Túnez, cada día bajaba a tierra para asistir al Sacrificio de la Misa. Y en la procesión del Corpus de Zaragoza en 1518, así como en la de Barcelona, en 1535, acompañó este glorioso nieto de los Reyes Católicos al Santísimo Sacramento portando una vara del palio.

Su devoción a la Eucaristía era tan tierna y profunda como al misterio de la Inmaculada: En el guión imperial lucía la preciosa imagen de la Purísima.

Y cuando murió el Emperador en el delicioso Monasterio de Yuste, se puso ante el sagrario de la iglesia conventual, un capullo de azucena que aquella noche se había abierto debajo de la ventana de su celda por la entrañable devoción del César al Sacramento del Amor.

¡Dichosa y magnífica oportunidad ésta del centenario de su muerte que hemos de celebrar en estas tierras cacereñas, elegidas por el más poderoso monarca de todos los tiempos, como morada de los últimos días de su vida, para reproducir la ofrenda, delicada y piadosa, poniendo ante el Sacramento la bella y simbólica azucena que guarde en su corola la llama de sus pistilos de oro, permaneciendo ante el sagrario del Monasterio de Yuste en recuerdo del César Carlos V!

De Felipe II dice el célebre P. Sigüenza, amigo y confidente suyo, que encontrándose su padre en Yuste «estábanle aguardando los religiosos la misma mañana de la fiesta del Corpus puestos en procesión a la puerta de la iglesia. Y como desde los primeros años fué tan modesto, parecióle que no era aquel día de aver otra procesión, sino la del Rey eterno; hurtó el cuerpo, y disimulando lo más que pudo se entró en el convento por la portería, sin ser conocido; mudó de hábito de camino y baxó luego a la procesión del Santísimo, acompañándole con vela encendida».

Conocida es la frase del Rey Prudente: «Que el sol del Corpus jamás dañe a ningún español».

Este espíritu devocional de Felipe II al Santísimo, señala el índice más elevado de su alma eucarística. Así, en su testamento dispone, que siempre hubiera dos religiosos en oración delante del Sacramento en El Escorial. Y el rico mueble que usaba para la guarda de los secretos personales y de Estado, fué regalado al famoso Monasterio de Guadalupe, y hoy convertido en sagrario del maravilloso altar mayor.

En vida y en la muerte, quiso Felipe II loar al Señor. Su preocupación por las construcciones de templos para albergar en ellos a Jesús Sacramentado se extendió hasta las Indias. No sabemos si Santa Teresa copió de este monarca el celo por la multiplicación de los sagrarios, o fué Felipe II quien imitó a la Santa Castellana en su afán de compensar el desgarre de los pueblos separados de Roma por el protestantismo.

Terminadas las tareas del Santo Concilio de Trento, Felipe II mandó publicar numerosos decretos encaminados a exaltar el Sacramento del Amor, de donde singularmente arrancan las más espléndidas manifestaciones populares de la festividad del Corpus español. En idéntico sentido expresaron su encendido amor a la Sagrada Eucaristía los sucesivos monarcas de la dinastía austriaca, singularmente Felipe III y Felipe IV, ambos decididos amantes del Misterio de la Inmaculada.

De esta forma, en la España teologal de nuestros siglos dorados ninguna fiesta fué comparable a la del Corpus o día del Señor, como se le llamaba en lenguaje vernacular.

En este día feliz, calles y plazas, profusamente adornadas, parecían que gozaban de privilegios de catedral, de fueros de palacio y honores del cielo. Era como si la Iglesia militante y la triunfante se juntaran cada año una vez en nuestra Patria para proclamar la soberanía de Jesús Sacramentado. En ella tomaban parte, del rey al último vasallo, porque representaba el triunfo de la fe católica frente a las herejías reinantes, y porque España, siempre ha sido, y lo es ahora, la nación más eucarística de la tierra.

Renovemos las viejas esencias de nuestra Patria en este fúlgido y memorable día del Corpus, reforzando la unidad de la fe católica y el más encendido amor al Sacramento de la Eucaristía y al apasionante Misterio de María Inmaculada, los dos ejes alrededor de los que siempre ha girando nuestra historia gloriosa e incomparable.



RECORDANDO LA COLEGIATA

DE SANTILLANA DEL MAR

(LUZ DEL SUEÑO)

Cuando me busco los recuerdos
el alma mía me sorprende

con un dorado y dulce tiempo
lleno de días y de siempres.

Hojas que van, días que caen
en mi sangre constantemente.

Un calendario de paisajes
donde el momento se nos muere.

Cuando regreso es que despierto
y un nuevo sol toca mi frente.

Matando sueños hiero noches:
por esa herida la luz viene.

JESUS DELGADO VALHONDO